

Coincidencias

Rafael Belmonte Agüera

Una llamada con una noticia terrible se tropieza con una interlocutora tranquila y habladora, muy habladora.

ESCENARIO:

Un trozo de parque con un banco y una farola. Algo de césped.

PERSONAJES:

IRENE JONÁS. - Edad indefinida.

*Sale IRENE JONÁS con su carrito de la compra. Hortalizas
y una barra de pan asoman por este.*

Cansada de su trayecto, se detiene frente al banco.

Suena su teléfono móvil.

IRENE JONÁS: ¿Diga? ¿Dígame? ¿Quién? ¿Cómo, cómo? ¿Qué? ¡Oiga!
¡Oiga! ¡No entiendo qué me está diciendo! Oigo mucho ruido. *(Escucha)* De
fondo, sí... Ruido infernal. ¿Desde dónde llama usted? *(Silencio)* ¿Qué es
quién...? ¿Qué si yo soy quién? Pero, ¿quién llama? *(Silencio)* Fatal. No le
oigo nada. ¡Por qué no apaga la tele! *(Silencio)* Ah, que es el ruido normal de la
calle, claro. Pues se parece horrores al de la tele. *(Escucha)* Sí, algo mejor.
Algo mejor. Sí, Irene Jonás. ¿Qué si estoy segura? ¿A quién llama usted?
(Escucha) Pues claro, la misma. ¡Y tan segura! *(Escucha)* Sí, mucho mejor.
¿De dónde se ha apartado? *(Escucha)* ¿De las ambulancias? ¿Bomberos?
Pero, ¿dónde...? ¿Qué? ¿Quién? *(Escucha)* Mucho gusto, comisario Solana.
(Escucha) Sí..., Antonio Montete Gracia. Exactamente, sí. ¿Pasa algo?
(Escucha) ¿Accidente? ¿Qué dice? ¿Accidente... terrorista? *(Escucha)* Ah,
sólo... terrorista. Sin... accidente. *(Escucha)* Sí, perfectamente. No es lo mismo.
Ya, indudablemente. ¿Y cómo está Antonio? *(Silencio)* ¿Tan... mal? *(Escucha)*
Dígamelo claramente, por favor. *(Escucha)* Ya, sí. Pero yo no aguantaré tanto.

(Escucha) Estoy en el Recuerdo... En el Parque, sí. (Escucha) Sola, sí. No, no tengo hijos. Ni aquí ni en ningún sitio. (Escucha) No, no tengo ningún familiar a mano. (Escucha) Sola, le digo. (Escucha) No, no me enfado. (Escucha) Gracias, pero, mientras llega usted o no llega, dígame cómo está mi Antonio. (Escucha) ¿Por qué razón no puede? ¿Es muy grave? ¡Contésteme! (Escucha) ¡No, no puedo esperar hasta que llegue usted! ¿Pero no lo comprende? Me llama usted rodeado de sirenas, que las autoridades pocas veces llaman para felicitarla a una por algo, me pregunta si soy Irene Jonás, le digo que sí, porque esa es la verdad, me pregunta si tengo marido y que si se llama Antonio Montete Gracia, le respondo que también, me dice usted que se ha visto afectado por un accidente terrorista, bueno, sin “accidente”, solamente terrorista, afectado por un... ataque terrorista, eso es, ¿y me pide usted que me espere a que usted llegue para saber qué le ha sucedido? ¿Pero no se da cuenta, pedazo de animal?, -con perdón, ¿eh?, me ha salido así-, ¿no se da cuenta de que voy a pensar en lo peor hasta que nos veamos? Si no me dice la verdad, ¿me está escuchando?... Si no me dice la verdad, me hará pasar los minutos más amargos de toda mi vida, ¿es que no lo entiende? (Escucha) Sí, sí..., diga ya lo que sea, comisario, ¡cuántas vueltas le da usted!

Silencio.

Pausa.

¿Seguro?

Se derrumba sentada sobre el banco.

¿Y ya no respiraba? Pero...

Queda silenciosa, pensativa.

Pausa.

(Nuevamente, al teléfono) Sí, ¿dónde voy a ir? Sentada, sí. Estoy sentada, le digo. Si lo sabré yo. No recuerdo bien cuándo me senté, pero estoy sentada.

(Escucha) Sí, le esperaré. No tarde.

Se arrepiente, cuando parece que va a desconectar el teléfono.

¡Comisario, comisario! Sí, no... Bueno, que no cuelgue. Sólo eso. No me deje sola, en estos momentos. Necesito hablar con alguien... *(Escucha)* ¿Qué?...

Pues... No sé, pero no se ponga usted mismo una denuncia. *(Escucha)* ...

Nada, una tontería. Digo que no se ponga usted mismo una denuncia por conducir hablando por teléfono. *(Escucha)* No puede... ¿Cómo? ¿De verdad?

¿Lo dice usted en serio? *(Escucha)* Claro, naturalmente, con algo así no bromearía. Lo comprendo. Perdona que haya dudado... ¿Y qué brazo?

(Escucha) ¿El derecho? ¡No sería usted zurdo, con anterioridad a la desgracia!

(Escucha) Ah, que el derecho es el que le queda. Bueno, pues lo siento mucho, yo no quería decir... *(Escucha)* Sí, muy peligroso, la manía de llevarlo colgando por la ventanilla. La furgoneta se saltó el "ceda" *(Escucha)* O eso: el stop. Le arrolló de lleno. *(Escucha)* Claro, ahora ya no asoma nada. ¿Y se lo amputaron de muy... arriba? *(Escucha)* ¡Por encima del codo! ¡Dios mío! ¡Qué disparate!

(Escucha) Sólo he dicho qué disparate... refiriéndome al conductor que le arrolló con la furgoneta. Saltarse un "ceda". *(Escucha)* Bueno, un stop, y arremeter contra un comisario... *(Escucha)* ¿Todavía no era comisario...? Ah, ese mismo año... *(Escucha)* No, al siguiente, fue al siguiente, ya. ¿Le ascendieron por eso? *(Escucha)* Sí, no hay que engañarse, esas cosas influyen. *(Escucha)* ¿El manco?, ¡el manco! Es lógico que, desde entonces, le apoden el manco. La lógica de la gente. Somos tan retorcidos... A uno le falta un brazo y enseguida el manco. Sí, el caso es que a usted le fastidiaron bien

dejándole sin brazo. *(Escucha)* Claro que lo comprendo, eso hace que no pueda conducir y hablar por el móvil al mismo tiempo. Si tuviera los dos brazos como todo el mundo, como “casi” todo el mundo, quería decir. *(Escucha)* Ah, sí puede. Pues qué bien. *(Escucha)* Pero tiene su coche, habilitado para el uso de usted, reparándose en el taller... Ya, comprendo. *(Escucha)* ¿Qué lleva qué...? *(Escucha)* Ah, el de un compañero... ¿Y no podría conducir ese compañero suyo? El caso es que podamos estar hablando durante su trayecto, comisario. *(Escucha)* Ah, de baja. Siempre el mismo problema, el personal. Falta personal. Pero falta personal para lo que quieren los políticos. Para vigilar por su propia integridad, o por la de los suyos, por ejemplo, es raro que eso suceda; pero cuando se trata de ciudadanos de a pie, la cosa ya es otra cosa... y eso que... *(Escucha)* El estrés, ya. Sí, comprendo que su profesión es estresante. *(Escucha)* ¡Uh! ¡Casi la mitad de la plantilla de baja a consecuencia del estrés! Menos un lesionado por impacto de bala en un tobillo. *(Escucha)* Ah, más arriba, en la tibia, bien. ¡Qué horror! *(Escucha)* ¡Tiene para tres o cuatro meses! Y seguro que también se le habrá juntado con el estrés. Un disparo en una pierna es lo menos que puede producir, claro que sí. Lo comprendo. *(Escucha)* Le destrozaron el hueso. ¡Y en acto de servicio! ¡Qué barbaridad! Yo no sabía todo eso. Claro, ¿cómo iba a saberlo? ¿Y durante todo este tiempo tendrá usted que conducir solo? Ah, pues nada, me alegro. Bueno, no sé si me alegro exactamente. Quiero decir... Mire, perdone, ni siquiera sé lo que me estoy diciendo.

Escucha. Pausa.

Ya, ya, ya... ¡Oiga, Solana!, ¿qué marca de móvil tiene? *(Escucha)* Antiguo, dice. ¡La misma que el mío! ¡Qué casualidad! ¿Y el modelo? *(Escucha)* ¿Cuál?

(Escucha) No, el mío es 43 punto Flor de Otoño (Escucha) Pues porque el mío tiene manos libres, y si llegan a ser el mismo modelo, pues... (Escucha) Sí, claro, claro, en su caso sería mano libre. (Escucha) Ya, tampoco con el que está hablándome es su móvil. (Escucha) No, estos cacharros nunca acaban de conocerse del todo, es cierto.

Pausa.

¡Oiga!, se me está ocurriendo algo. ¿Tiene su teléfono un cuadro arriba a la derecha con varias... cuatro teclas de colores? (Escucha) Sí, en el ángulo superior derecho. (Escucha) Ah, abajo, en el izquierdo... Bueno, da lo mismo. (Escucha) Sólo tres, y son de forma ovalada...

Pausa.

Bueno, ¿dos de esas teclas son de color azul y están atravesadas por dos rayitas rojas y tienen un símbolo que parecen dos manos a punto de estrangular a alguien en la parte que queda por encima de la raya? (Escucha) Ya... Ya... Ah, se ha dejado las gafas sobre la mesa de la cocina. ¿Y tiene mucha graduación? (Escucha) ¡Qué fuerte! ¿Sí? (Escucha) Culpa de la diabetes... (Escucha) Ya, ya, ya... Dos veces diarias. Una pesadez, sí. Pero hoy en día hay buenos medios. (Escucha) Sí, ya sé, una que parece un bolígrafo. Una vecina mía está en su misma situación. (Escucha) No, ella tiene los dos brazos, y no sabe conducir. Tiene coche, pero cuando lo tiene que usar, se lo conduce el novio que tenga de turno esa semana. (Escucha) Huy, un montón. ¡Cada semana tiene uno distinto! (Escucha) Pues yo creo que tiene ya los cuarenta, pero no lo sé por ella, si no por otra vecina. Una del primero segunda que le tiene envidia, aunque no quiera reconocerlo. Por esa lo sé yo. (Escucha) Sí, está de buen ver, eso no se le puede negar. (Escucha) Claro,

¿por qué no?, yo se la presentaré. *(Escucha)* Ya, lo primero va antes y primero tendrá que operarse también del otro ojo. Sí, las cataratas es que a veces son muy pesadas de curar... Hoy día hay medios, hay medios. Mucho reposo... Y nada de luz directa del sol. *(Escucha)* Claro, claro. Sí... Cómo lo siento. ¿Y tiene muy mal el ojo izquierdo...? *(Escucha)* No, el suyo. *(Escucha)* Ah, su ojo malo es el derecho. *(Escucha)* La fuerza de dos brazos en su brazo derecho, la fuerza de un toro..., ya. Y la vista de un águila en su ojo izquierdo, cuando tiene las gafas..., sí. Todo se compensa, diga usted que sí. Usted tiene la compensación en diagonal, eso es. Pues al menos aún le queda sentido del humor... en diagonal. *(Escucha)* Sí, el sentido del humor es gratis total en todas direcciones.

Pausa.

¿No tendrá a la vista a alguien? *(Escucha)* A algún compañero suyo, digo. A alguien más joven, quiero decir, perdone, a alguien que tenga los dos ojos, o solo uno pero que no necesite gafas para ponerse frente al aparato telefónico y contestar a lo que yo le pregunte. *(Escucha)* Sí, durante una época estuve vendiendo móviles. Algo los entiendo. Muchas gracias. *(Escucha)* Llame a un compañero suyo, mismamente. *(Escucha)* Bueno, pues si están todos ocupados, un bombero que ya haya apagado el fuego, o alguien que tenga los dos ojos, o sólo uno, pero que vea lo suficiente. *(Escucha)* De acuerdo, de acuerdo... Ya espero.

Observa salir una mata de zanahorias del bolso. Tira de una, le sopla, la refriega en su pantalón y empieza a comerla a pequeños mordisquitos.

Sí, dígame. Adelante, adelante, señor comisario. *(Escucha)* Encantada, señor. Señor..., ah, Florencio, como mi abuelo paterno, qué alegría. Mucho gusto.

Gracias. Sí, dígame. *(Escucha)* No, no, ese teléfono es un modelo mucho más antiguo. Creo que tiene más de un año. *(Escucha)* Casi trece meses, ya lo decía yo. Bueno, pues hay que apretar la tecla con las manos como si estuvieran estrangulando a alguien y al mismo tiempo la del encendido. *(Escucha)* No, no, al mismo tiempo. *(Escucha)* ¡Le digo que al mismo tiempo! *(Escucha)* ¡Que no! Que la clave no es necesaria, basta con pulsar la del encendido y la del estrangulamiento y cuando aparezca en pantalla... *(Escucha)* Exactamente... Va..., va... ¿Ya? ¿Solucionado? ¡Maravilloso! Vale, mucho gusto, Florencio.

Pausa.

Hola, de nuevo, señor comisario Solana. *(Escucha)* Sólo comisario, o sólo Solana, bien. Ya ve usted, todo tiene solución. Ah, ¿no? *(Escucha)* ¿En el parking? Claro, con una mano sólo es complicado. ¿Y no podría acompañarle hasta el mismo parking Florencio, ese señor tan amable? Una vez en el coche, le acomoda el móvil y ya está. *(Escucha)* Ah, ahí no cabrá porque ese espacio se lo tiene ocupado con una baguete y un bote de los de cristal de champiñones en conserva... para su comida de hoy.

Pausa.

Bueno. ¿Dónde están ustedes, con exactitud? *(Escucha)* No, por esa zona no conozco yo... ¿Y el parking? *(Escucha)* Eso ya es otra cosa. Sí, sí, sé a cuál se refiere. Verá, yo le explico. Como si salieran de él a pie, sitúense ustedes en la puerta del parking, y miren hacia su derecha, verán que hay una callejuela que es dirección prohibida, tómenla. *(Escucha)* Bueno, prohibida, pero como es comisario... Sigo: a unos cien metros, a mano derecha otra vez, habrá una calle peatonal que hace subida y se va estrechando, pues justo cuando

empieza a estrecharse, tomen otra peatonal que hay a la izquierda y enseguida verán las escalinatas de una iglesia semi abandonada... *(Escucha)* No, no, está también a la izquierda. *(Escucha)* Usted la está confundiendo con la de San Genaro, y esa está en el barrio... *(Escucha)* Eso es. *(Escucha)* Nada, nada, no hay nada que perdonar. Bueno, pues una vez que hayan subido la escalinata, atraviesen el arco que hay a mano izquierda y que conduce a un antiguo patio de viviendas, entran en él, y justo enfrente, al otro lado de la plazoleta, verán un edificio que aparentemente está abandonado. *(Escucha)* No, no, yo le digo tres portones más allá de donde encontraron muerta a puñaladas a esa criatura de veinte años, Alicia. Alicia Maravillas. *(Escucha)* Ah, ¿qué la encontró usted, comisario Solana? ¡Enhorabuena! Quiero decir... ¿Fue muy fuerte la impresión? *(Escucha)* Aún le dura. ¡Pobre!, hasta soñar por las noches... Bueno, sí, sí, sí, pues ahí, sobre la puerta de entrada a la tienda hay un cartel verde de madera desportillada con aspecto "viejuno" con letras blancas. Eso es. *(Escucha)* No, no, lo que pone es Ultramarinos Doña Ana. Usted leerá *Ultra Ana* solamente porque le falta el resto. *(Escucha)* Ya ha pasado por ahí alguna vez. Sí, sin duda, el aspecto es de abandono, pero interiormente está muy limpio, los dueños no se han descuidado. Si temen que la tienda esté cerrada, toquen el timbre, seguro que les atenderán. *(Escucha)* ¿Para qué? Pues para que compre algo para mí en esa tienda y me lo traiga ya que viene al paso. Ellos viven arriba. *(Escucha)* Sí, con una mujer. Sí, mucho más joven que ellos dos. *(Escucha)* No, esto es confidencial, pero yo sé que ni es familiar de ninguno de los dos ni nada. La gente, ya sabe usted, pues la gente la ubica en sus vidas allá por los primeros años de este siglo. Sí, ella tiene aspecto de filipina, pero es de Valladolid. Las habladurías de la gente... ya se sabe. Para

que cupieran los tres, dicen que hasta se mandaron hacer una cama de dos metros por dos en Yecla. Esto está por ahí por Murcia. *(Escucha)* ¡Hombre, yo no he ido a comprobar si es verdad que los tres duermen juntos en la misma cama! Yo hablo de las habladurías de la gente... ya se sabe. La gente es que es muy mala. Se meten con lo que no les importa. *(Escucha)* Pues yo a la filipina, que ya le digo que es de Valladolid con toda seguridad, no la he visto nunca. Creo que nadie la ha visto jamás. *(Escucha)* No, no, ni calle ni nada. Siempre encerrada, sí, señor. Pero ellos dos son muy amables. Un matrimonio tan mayor, sí. Fíjese. *(Escucha)* Ya, ya... Exactamente, esa es, sí, señor. No, no, nunca llegaron a casarse, porque los padres de él amenazaron con desheredarle. Imagínese, en aquellos tiempos... ¡Qué escándalo! Pues estuvieron viéndose en secreto hasta que fallecieron los viejos. *(Escucha)* Sí, primero por miedo a lo de la herencia, eso he oído decir, que yo no sé nada... y cuando murió el viejo, la madre advirtió a su hijo de que cumpliría con la última voluntad de su marido, y que si lo veía con la pelandusca, así llamaban a doña Ana, pobrecilla, pues se quedaría sin nada. Hasta sin la tienda. *(Escucha)* Pues yo creo que tendrán ya sus buenos setenta y cinco... Sí, sí, incluso más. *(Escucha)* ¿Qué si pasa deprisa? ¡A todo meter! *(Escucha)* ¡Qué va!, la juventud no sabe lo que tiene. Creen que seguirán jóvenes y fuertes toda la vida. Y las cosas no son así de simples. *(Escucha)* ¿Qué? Pues sí, imagínese, el mismo día que murió la vieja, destruyeron el antiguo rótulo, que era blanco con las letras verdes y colocaron el que hay ahora, todo por llevar la contraria, y, fíjese, que además creo que el antiguo lo había hecho un pintor que marchó a la Argentina a hacer las américas, ¡y vaya si las hizo!, terminó hasta con pozos de petróleo. *(Escucha)* Sí, sí, de petróleo. *(Escucha)* No, lo está

confundiendo usted con Fermín Maestre San Casado, que se fue a hacer una tesina de los indios mejicanos o colombianos y acabó colgado y despellejado en la rama de un mango. Unas bestias aquella gente. Viven todavía en la edad de piedra. Lo secuestró una guerrilla o miembros de un cártel... *(Escucha)* Sí, ese, ese, el que se parecía mucho a Bush júnior, y acabó como los bacalaos. A lo mejor el Bush hijo de ahora es su reencarnación, y se ha acabado vengando de aquello, mandando a toda la tropa cada vez que se le antoja, ¡vaya usted a saber! Otras cosas habría más lejos... *(Escucha)* Nadie, no somos nadie, diga usted que sí. *(Escucha)* Qué va, entonces no habría ni embajada ni habría nada. *(Escucha)* ¡Ah!, ¿que siempre ha habido embajada? ¿Menos cuándo? Ah, pues no lo sabía... *(Escucha)* Bueno, pues ellos llevan cincuenta y tantos años juntos, ya le digo. Yo los conocí por mediación de un primo mío que le tuvo alquilada a doña Ana, que era, y es, la que de verdad manda en la casa, una habitación en el ático. Una vista preciosa, sí. Yo, por entonces, iba a visitar a mi primo muchas veces. *(Escucha)* Sí, naturalmente. *(Escucha)* Qué va. Qué va. Nada de relación carnal entonces. Nos teníamos mucho cariño. Nos reíamos mucho juntos, recordando tonterías de cuando éramos pequeños. *(Escucha)* No, no hubo nada al principio. Nada de nada. Eso fue después. Pues lo que pasa, mucho juego de pequeños..., y éramos inseparables. Luego, sí. No le voy a engañar. Estuvimos follando toda una semana. *(Escucha)* Como lo oye. *(Escucha)* Pues para que llevara razón la gente. Cuando el río suena... *(Escucha)* Eso es, dimos fundamento a las murmuraciones. *(Escucha)* No, no, Ana, doña Ana. Y él, Asensio, eso es, exactamente. Los que tienen en su casa a la vallisoletana. *(Escucha)* Le cuento, le cuento: pues yo bajaba a por queso tierno de cabra y aceitunas arrugadas y negras de esas que llaman de Aragón,

y que también se crían en el sur (*escucha*), uy, sí, sientan de maravilla después de un buen polvo. (*Escucha*) Sí, con cerveza, están riquísimas. (*Escucha*) Ah, su tensión. Bueno, el queso puede ser sin sal. La sal que le falta al queso se suple con la que le sobra a las olivas. (*Escucha*) Sí, mire, tres o cuatro olivas a la boca, pedazo de queso y trago de cerveza. A gloria. Y ya que va a pasar tan cerca... Pruébelo, pruébelo. Y compre para los dos. No tenga cuidado, a mí si mi paquete llega al medio kilo, no me importará. (*Escucha*) ¿Qué? Ah, perdone, señor comisario, ya sé que no tenemos toda la mañana. Pero es que ustedes podían ir caminando hacia el parking. (*Escucha*) Bueno, pues a la tienda de doña Ana, hacia donde sea. Pero deberían echar a andar. (*Escucha*) ¿La batería? No se preocupe, cuando me acompañe a mi casa yo le regalaré tres o cuatro cargadas hasta el borde. (*Escucha*) Sí, no tema, no me olvidaré. (*Escucha*) Bueno, pues si nos encontramos con que no hay cobertura, ya volveremos a hablarnos cuando la haya, pero no se desconecte usted. (*Escucha*) ¿Qué? No, no señor, dígame a ese señor Florencio que mi primo no es ni "bi" siquiera. Sólo le gustan las mujeres. (*Escucha*) ¡Hombre, lo de la semana era un decir! Estuvimos desnudos comiendo y bebiendo y jodiendo. Pero no hicimos nunca ni las tres cosas al mismo tiempo ni durante toda la semana. Desnudos, sí, como ese de Los Beatles con su china, que luego se metió a artista. (*Escucha*) Ah, japonesa. Bueno yo es que para mí son todos iguales. (*Escucha*) Ahora hace mucho tiempo que no le veo. Pero si tanto interés tiene el señor Florencio, ya llamaré a mi primo y se lo presentaré. Pero que no se ilusione. Y coméntele que tendrá que dejar que pasen unos días. Ahora tengo que rehacer mi vida. (*Escucha*) Pues eso es lo que pasa.

Pausa.

¿Cómo? ¿El busca? ¿Y por qué no llama desde una cabina?, pero no corte la línea, señor Solana. *(Escucha)* Es cierto, las pocas cabinas que hay en la zona sólo sirven para refugiarse de la lluvia y el frío... *(Escucha)* Bien, de acuerdo. Me conformaré. Pero sea usted rápido, comisario. Hasta ahora mismo. Gracias a los dos. Muchas gracias.

Desconecta el móvil.

Toma otra zanahoria y la come a mordisquitos.

Suena el móvil.

Dígame. Ah, hola, Florencio. *(Escucha)* ¿A dónde? ¿Le ha dicho que tiene mal la próstata? *(Escucha)* Ah, para buscar un teléfono fijo por falta de cobertura en el móvil y llamar a la central. Ya lo entiendo. *(Escucha)* Sí, la comisaría cae justo en la hondonada, es cierto. A ver si tienen suerte y se puede construir en la loma pronto la nueva. Dígame que ahí sí que tendrán buenas comunicaciones. *(Escucha)* ¿Ya vuelve? ¿Corriendo? Pues aconséjele que no corra, a ver si se cae y se le sale el ojo que tiene bueno.

Pausa.

Respire usted, comisario.

Pausa.

¿Cómo? Que tiene nueva información. *(Escucha)* Sí, Antonio Montete Gracia. Y yo Irene Jonás Jonas. *(Escucha)* Sí, también Jonas, pero, a diferencia del primero, mi segundo apellido no lleva acento en la "a". *(Escucha)* Pues porque no me lo ha preguntado. *(Escucha)* ¿Cómo? ¿El coche de mi marido? Pues la marca esa que usted ha dicho y el modelo Atardecer en el Caribe, Mare Nostrum, Versión Limitada. En color fuego metalizado. *(Escucha)* No, no, nada de eléctrico, que son carísimos, ya hice bastante transigiendo con que se

comprara el turbodiésel, y gracias. La versión moderna, eso sí. Cuatro años, no llega, tiene, y seis años más de mensualidades todavía.

Pausa. Escucha.

¿Entonces? ¿No? (*Escucha*) ¿Está seguro? (*Escucha*) Iguales apellidos en ambos, ya. Sólo la sutil diferencia de un acento en mi segundo apellido y que el coche volado era de gasolina e híbrido. Entiendo. Pues bueno. Fíjate tú...

Medita.

Y... de un turbodiésel a no tener turbo..., ya. Fíjese, qué línea más delgada hay... Por un acentito..., la vida o... (*Escucha*) No era hoy su día, claro que no. ¡Uf! ¡Qué barbaridad! ¡Un hoyo a quince metros del suelo! (*Escucha*) Nada, nada, perdonado. Como usted bien dice, sólo han sido... eso: coincidencias. Escuche, llámeme mañana por la mañana, les invitaremos a comer a ambos al mismo tiempo que me trae las olivas. (*Escucha*) Pues a Florencio y a usted. Sí, de acuerdo. Muchas gracias a los dos. Muy agradecida.

Come a mordisquitos su zanahoria.

Toma su móvil y, pensativa, marca un número.

OSCURO.